firme, á algunos metros de profundidad... lleguemos al día de ayer, alzóse el terreno... ¿por qué? Ciertos elementos se han combinado ya para formar sustancia alimenticia de tiburones, es decir, hombres... uno de estos llega, cava, revuelve, escudriña, encuentra el fosil... ¡un tesoro! ¡un dato más! y por amor á la difusión de las luces, y por amor á sus contemporáneos, y por amor á su patria, presenta el nuevo fosil á la Academia ó Museo de su tiempo.

Tal es la misión del calcio, tan presente, desde ab initio en el mundo inanimado como imprescindible en el orgánico ¿á cuántas humanidades habrá contribuído en el correr de las centurias? Porque esta humanidad que hoy goza su temporada terrestre, no es más que un eslabón en la cadena interminable de las humanidades pasadas y venideras, de las antropopalias y antropoplacias.

Como tal vez lo veremos en el capítulo que sigue.

XV

Antropopalia y antropoplacia

Tenemos que abandonar por algunas horas nuestro cadáver: han pasado 48 horas desde la muerte en atmósfera cálida, ha entrado en el quinto período de la fusión pútrida, y la fetidez que emite, la cantidad de gases y miasmas con que impregna la atmósfera es ahora tal, que no es posible permanecer junto á él sin menoscabo de nuestra comodidad y grave detrimento de nuestra salud; ni el fénico, ni el acético, ni el purificante cloro, nos permiten ya acceso á esa materia informe y repelente, que antier halagaba y hoy ofende todos los sentidos.

No es ya sólo el hidrógeno, los *hídricos* y los *uros*, es el amoniaco que procede de la descomposición de la fibrina, albúmina y otros, es el fósforo en sus inmundos maridajes, son gérmenes mortíferos, partículas orgánicas perfumadas por la muerte, brotando con efusión tal, que todo el cuerpo parece trasladarse en corpúsculos á la atmósfera.

Dejémosle, pues, ya que nos inspira el horror que hemos de inspirar algún día; volveremos á él cuando se

haya despojado de todas sus exhalaciones pútridas, dejándonos un remanente de sólo dos novenos de su peso primitivo. Quizás, porque no murió de heridas que le hicieran perder la sangre, necesitemos varios días; pero entretanto no nos quedaremos ociosos. Hemos extraido el cerebro por una operación craneotómica, y mediante uno de los preservativos más económicos, el alcohol, aquí le tenemos en una redoma de cristal, á la que sin escrúpulo pueden acercarse los que quieran examinarlo. Alcemos sin recelo las membranas duramáter, aracnoide y piamáter; no nos puede ofender: cierto es, y perdone Boerhaave, para quien es la bilis la materia más putrescible, que el cerebro por su fósforo, su fibrina, su osmazona, es la substancia animal susceptible de más rápida descomposición; pero también que es la última en hacerlo, porque la ampara la bóveda ósea que le impide el inmediato contacto con el aire.

Contemplad esos ganglios ó focos nerviosos en que se comprenden los tálamos ópticos, los cuerpos estriados, los tubérculos cuadrigéminos, y los diversos centros sensorios que basan en la médula oblongada, protuberancia anular y pedúnculos cerebrales, que son un mundo de asombros y un arsenal de arcanos para el anatómico: compuesto de los mismos elementos de sus antecesores, desde el inicio de la humanidad, será agitado por las mismas ideas y las representará con los mismos sonidos y palabras, usados por millones de seres que ya no son.

¡Extraordinario organismo el que van á devorar inmundos gusanos! A cuántas cavilaciones se presta esa pulpa blanda, cenizosa, dividida en hemisferios, de lenta incineración y fácil putrefacción, cuya forma y tamaño guarda relación con la inteligencia que en él reside, que es relativamente más grande en el hombre que en otros animales, que en ancianos se contrae y se aproxima al del niño, que se compone de filamentos elementales que se cruzan y entretejen, en que hay cerebrina y lecitina, y según Huschre, montañas y valles, fuentes y viaductos, bóvedas, árboles, fósforo que Moleschot supone base del pensamiento, pulpa que parece inerte y es la estación radical del complicadísimo sistema telegráfico del cuerpo, que parece insensible y es el centro de todas las percepciones y laboratorio de todas las ideas: aquí tenéis el nucleo del intelecto, aquí las sensaciones, aquí el placer y el dolor; porque cuando oléis el cerebro es quien huele, cuando gustáis él es quien gusta, los ojos miran, el cerebro ve; el oido escucha, el cerebro oye; los nervios son hilos conductores que recogen las sensaciones y las trasmiten á esa pulpa, quien las analiza y da cuenta de ellas. En esa informe masa saborea el enamorado galán el suavísimo contacto que sus labios recogen en los labios de su amada; ahí se dibuja la imagen del lejano planeta que el ojo del astuto sabio contempla en el objetivo de su telescopio; de ahí parece brotar un fluido misterioso, indefinible, que comunica el alma del padre con el alma del hijo en el momento de la bendición paternal, y ahí también y quizá en el momento de examinar ese organismo sublime en que se vé brillar la centella de la divina inteligencia, ahí también nace y se fomenta la duda nefanda que niega la luz mirando al Sol, y el insano delirio que reniega del Creador mirando la Creación.

El alma es la vida del cerebro, dice Marsh; ese cerebro no es sólo el que vé y oye, el que goza y sufre; es el que *vive*; los otros miembros son meros servidores, ayudantes secundarios, que, así como necesitamos las uñas para reforzar las extremidades digitales, el cabello para protejer la testa y las orejas para recoger ondas sonoras, así necesitamos de todo el cuerpo para sostener ese prodigioso organismo, que no es un octogésimo del total, en peso. Siendo su desarrollo proporcional en cada viviente, pesa término medio en adultos 1.250 gramos, en idiotas una libra, en gorila y demás antropomorfos de 16 á 25 onzas, en caballo y toro dos libras, elefante 7, negro africano 3, europeo 3 1|2 y á veces 4; el encéfalo de Gambeta 63 on-

zas, el de Abercrombie 1.785 gramos, el de Cuvier 1.830. En estado de putrefacción produce ácidos, entre los cuales los oléico, margárico, fosfórico y fosfoglicérico, que rápidos desaparecen en otras asociaciones.

El cerebro, bien admitamos con Bichat que sea órgano central de la vida animal, ó sea su sólo objeto, como quiere Buffon, proporcionar alimento á los nervios, será siempre abismo de misterios; ¿cuál nervio en él, cuál célula corresponde á tal sensación de pena ó de deleite? ¿Es el talento resultado de todo el organismo cerebral, de sólo la materia gris ó de cuál otro de sus múltiples elementos? ¿Qué parte se atrofia ó se anula en el loco? ¿Qué cantidad mayor ó menor de fósforo ó de carbono ó de hidrógeno, determina la causa que nos produce genios como Cervantes ó Calderón, pensadores como Sócrates ó Pascal? ¿Cuál elemento hace al cerdo lutófilo, al lirón soñoliento, al gallo similicida? ¿Cuál componente, por su dilatación ó depresión, hizo que fuera Virgilio gigante en la epopeya, Demóstenes rayo de elocuencia, coloso de la guerra Napoleón, azote de Dios Atila? ¿Qué culpa tenemos los que no somos Rafaeles, Dantes ni Cellinis, de que Natura no nos diera cerebro para el pincel, la lira ó el cincel? ¿En qué región se aposenta ese fluido del hipnotismo y la sugestión, que hoy se asoma en la ciencia prometiendo tan asombrosas verdades? ¿Dónde y cómo se retrata aquí la imagen que constituyen la memoria, exidente en la Mirandole, deficiente en la Fontaine, nula en el idiota? Calmeil, Longet, Bouilland, Flourens, Willis, Vogt, Magendie, ¿qué respondéis tras vuestros trabajos luminosos é insuficientes? ¿Cómo marcaréis el tránsito indefinible de lo físico á lo moral?

En lo físico aquí no hay más que un compuesto admirable, en que aparte el calor, el magnetismo, y sabe Dios qué otros fluidos, vemos los elementos de los otros órganos, siempre simples en conjunción, substancias orgánicas vitalizadas, mas ¿por qué esta combinación encefálica aquí

siente y en otras proporciones no, aquí recuerda y fuera de aquí no, y por qué los elementos de esos cordones blancos y filamentos conciben y conducen ahora sensaciones y en distinta proporción son insensibles?

Obscuridades contra las cuales se estrellará aún por muchos siglos la inteligencia, y acaso no llegue jamás á la verdad que se busca.

Y sobre esas obscuridades, meditando el hombre á menudo, ha aprendido que el verdadero fin del progreso es inaccesible, y que está la humanidad condenada, como ciertas fracciones decimales, á aproximarse cada vez más sin tocar nunca á la meta final.

Cierto es que el organismo del cerebro humano se perfecciona con las edades, es evidente que su rudeza material correspondió siempre á sus épocas, y era muy inferior en los días antes que el hombre hiciera la conquista de un idioma y una escritura para transmitirnos su historia, es incontestable que aún con los perfeccionados métodos modernos, ni el asombroso de Moisés, ni el muy vasto de Salomón, abarcaran lo que el de un niño de hoy; pero ¿llegará la humanidad jamás siquiera al grado de progreso en que, como dice la Biblia, los hombres tornarán sus espadas en estevas y no habrá más guerras?

—No;—me interrumpió Enehache,—no llegará la humanidad *actual* en los 400.000 años que le quedan de existencia.

—¡400.000 años! ¡Un soplo! ¡Usted delira!—contesté un tanto mohino por la interrupción.

—¡No, por cierto!—replicó mi interlocutor.—La Geología nos concede ese plazo improrrogable, después del cual la Tierra, perdiendo su calor enmedio de un espacio cuya temperatura es de 273 grados bajo cero, se habrá enfriado y será como hoy la Luna, un astro muerto, incapaz de sostener la vida por exceso de frío, y á eso ¡desconsoladora teoría!, vendrán á parar el sol y los cuerpos que á su alrededor gravitan.

—Y después, señor mío, en eterna obscuridad gravitarán esos astros, los unos sobre los otros, en torno á un centro muerto, mudo y frío hasta la consumación de los siglos?

—No puede ser esa la idea del Principio creador, porque tal idea sería ilógica; la materia estará siempre condenada á condensarse y dilatarse para formar mundos y cosas, siempre destinada á tomar forma de ciruelo para dar ciruelas, ó forma de hombre para producir ideas. Todo volverá á comenzar; así como para cada individuo hay una serie de funciones que se suceden sin interrupción, y luego concluye, así las generaciones, así la humanidad, tendrá su cierto número de renovaciones tras las cuales desaparecerá.

—¿Para siempre?

—No; para volver á empezar, porque toda destrucción da lugar á nueva formación; el principio vital es, como el calórico, como la luz, como la materia cósmica, entidad existente y eterna: nacer, vivir corto tiempo y desaparecer para ceder el puesto á seres análogos, tal es el proceso ineludible y constante de todo lo que llega á ser algo, y ni el micros de vida efímera, ni la Tierra ni los cuerpos celestes cuyos siglos se cuentan por millaradas, ni el hombre ni la humanidad presentan excepciones: nadie ni nada escapa á la muerte. La Tierra volverá al seno primitivo eterno, para proporcionar con su extinción materia de que broten con los agentes calor, luz y movimiento, nuevos y más perfectos gérmenes: corren los ríos á hundirse en el mar, corren las generaciones á hundirse en el océano del infinito, y corren la Tierra y los astros á refundirse en el cosmos: las estrellas no caerán sobre la Tierra, «al modo de una higuera que deja caer sus higos», según dice el Apocalipsis en el verso 13 de su C. 6.º, sino que la Tierra se diseminará, y eso será con pérdida absoluta y olvido de lo que antes fué; gloria, amor, piedad, triunfos, grandes monumentos y grandes invenciones, Iliada, Eneida, Partenon, Pirámides, lagos de Suiza, lienzos de Rafael, melodías de Bellini, Egipto, Babilonia, Grecia, Roma, París, todo lo que fué orgullo de la humanidad actual, Confucio, Zoroastro, Moisés, Jesús, Valmiki, César, Franklin, darán lugar á otras glorias de otras humanidades, y de otras naciones que nacerán, florecerán y morirán. Y eso pasará en los otros mundos, porque así como la Tierra es una partícula del Universo, así la humanidad terrestre es ínfima parte de la humanidad universal: ¿qué es un hombre que muere? Un átomo menos en la colectividad humana; ¿qué es una generación que pasa?Un átomo en la inmensa serie de las generaciones; ¿qué es una humanidad que nace y se extingue? Un átomo en la infinita revolución de las humanidades que pasaron y que pasarán.

—¿Pero, pasarán... dónde?

—En venideros planetas: nuevas Tierras vendrán, nuevos soles, nuevos Saturnos, renovaciones imprescindibles de la inmensa creación, factores transitorios de la evolución perpétua.

—¡Estrambótica teoría!

—No tanto: si todo marcha de su principio á su fin, para renovarse en más perfecta edición, la yerba del prado, el hombre y las generaciones, los planetas que nos fingimos eternos, ¿por qué se había de exceptuar esa Tierra, este átomo de la inmensidad, porque suponer los elementos que la forman condenados, sólo ellos, á esa eternidad de ocio que precedió y que seguirá según las cosmogonias de Buda, Moisés, Zoroastro y otros creadores de dioses y fundadores de mundos? Como dejará de ser y como volverá á ser, es lo que no sabemos: pero sobran soluciones hipotéticas ¿no es el calor, según la teoría moderna, un efecto de la detención del movimiento? ¿No se resuelve en calor toda moción que cesa, y no son ya sinónimos calor y movimiento? Pues si el calor no es ya vibración sino detención, si Tyndal ha podido ya determinar la cantidad de calor equivalente á la detención de la Tierra, cuya velo-

cidad en su órbita es 75 veces la de una bala de cañón, ¿que mucho que el choque de un cuerpo celeste, uno de esos cuerpos cuyas órbitas creemos inmutables, porque las relacionamos con el efímero soplo de tiempo que nos es dado contar, la detuviera y evaporara? Si se paralizara el movimiento del sol, quedaría detenido todo el sistema solar, y esto desarrollaría suficiente calor para que los planetas volvieran de golpe al primitivo estado de fusión. Todo tornaría al caos, que así como al fenecer el hombre devuelve á la Tierra todo cuanto de ella tomó, así al morir la Tierra volverá, y con ella los elementos humanos, á confundirse en el cosmos de que se formaron los orbes. Y empezará entonces de nuevo todo el procedimiento de la formación de los mundos, por proceso igual acaso al adivinado por la humanidad actual. Se reproducirán los asombrosos trámites del sistema de Laplace, ó el de Faye sin duda el verdadero, porque es el más lógico y sencillo de los que se han ideado, aunque no podamos imaginar que nuevos accesorios y nuevas leyes regirán en esa nueva formación ¿giraremos con la rapidez que ahora? ¿Nos tocará un sólo satélite? ¿Una masa de nebulosa desprendida por la rotación ó la fuerza centrífuga nos formará anillos como á Saturno? Eso no lo podemos determinar; pero comprendemos que funcionarán la centrípeta y centrífuga con efectos análogos, porque la atracción, bien sea la fuerza de amistad de Empedocles, bien el agente misterioso de Newton, bien resultante de la combinación de movimientos como quiere el doctor Philipps, ó bien consista en efluvios propulsores como pretende otro, la atracción y repulsión serán base del mecanismo celeste y fundadoras de mundos... ¿Duda Vd?

—Sí, dudo; porque en la harmonía del universo todo sigue leyes mecánicas, infalibles, por decir así fatales y ese choque arbitrario contradiría esas leyes.

—Está Vd. en un error; eso puede verificarse sin faltar á esas leyes invariables, y por causa imprevista sólo para

nuestra raquítica inteligencia. Se dice que no es probable el choque de dos astros vista la inmensidad del espacio en que se mueven; pero todo es posible atendido á la eternidad de los tiempos. ¿Y qué sabe el hombre de lo que la Providencia ha decretado para que ocurra en esa eternidad de que no podemos formarnos sino una idea vaga? Tal vez á millones de miriámetros, invisible aún para nosotros, viene acercándose á nuestro sistema solar el astro que desde el principio fué lanzado por la Fuerza Suprema para venir á volver todo al caos y cumplir esa ley de la renovación de los mundos, (1) que morirán para renovarse, como morimos nosotros para ser reemplazados. Y sin buscar astros ignorados, los nuestros pueden tener á más de sus movimientos conocidos, alguno de alteración prevista y fatal, y destinada á preparar allá en siglos muy lejanos el nuevo orden de cosas. ¿Podríamos acaso darnos cuenta de tal movimiento, aunque hayamos podido calcular la disminución de la órbita de Enke, ese cometa que tiene aspiraciones á planeta? Sepa Vd. que si el disco solar disminuyera un metro diario, el hecho no sería apreciable para nosotros sino al cabo de cien siglos; el movimiento traslativo de veinte leguas por segundo de algunas estrellas, se hará visible sólo al cabo de un siglo, porque habrán desplazado una pulgada en el firmamento; la estrella Alfa de Cisne que parece fija anda á razón de 500 millones de leguas por año; un proyectil con velocidad de 60 quilómetros por hora, necesitaría 60 millones de años para llegar á Alfa del Centauro, y hay soles cuya luz aún no ha llegado á nosotros sin embargo de caminar 30,800 miriámetros

(1) Esta idea se toca con otra de Flamarión en su obra *La fin du monde*, publicada en 1895, veinte años después de nuestra primera edición. Aunque hemos hecho alteraciones en esta segunda, el presente capítulo aparece tal como se escribió en 1875. Flamarión no habrá tomado nada de nuestra obra que ni habrá leido, pero nos satisface que el ilustre pensador coincida con nosotros.

por segundo. Ante esas asombrosas y bien probadas verdades.....

—Con ellas me deja Vd. *estupefate.*

—Quédese admirado y nada más; es decir, suprima jocosidades en asunto tan sério, porque estoy formulando una hipótesis, que podrá aparecer cuanto utópica se quiera, pero en la que creo de buena fé. Volverá digo todo el sistema geológico de los mundos, con accidentes iguales ó con variantes relativas, y sabe Dios cuantas veces se habrá ya reproducido antes del Adan y la Eva que precedieron á la última formación, ó sea la actual; puesto que Adan en su origen padre, y Eva que significó madre, no representan más que los primeros séres humanos que ya pudieron trasmitir su historia. Del seno de ese inmenso cosmos se desprenderá una nebulosidad caótica, aglomeración de gases en incandescencia, que ocupando el espacio que hoy nuestro sol y tomando por la rotación la forma esferoidal, vagará por los frios espacios cediendo calor y aminorando en volúmen, en trayectoria acaso en su origen cometaria, hasta que las leyes de la mecánica universal le fijen una órbita al rededor de un sol ó centro más potente de atracción: se condensarán luego los líquidos y vapores que caerán en forma de lluvia para formar los primeros mares, alumbrará un pálido sol cuyos rayos apenas podrán romper la densa y aún no purificada atmósfera, enjendradora de fúlmenes y convulsiones, atmósfera cargada de ácido carbónico que envolverá como un sudario al naciente, imperfecto esferoide que habrá de ser la Tierra. Pasará éste al estado pastoso, el enfriamiento solidificador irá formando la corteza envolvente, que hoy ha llegado á 16 leguas, ó sea, un trigentésimo del radio. Luego, en piélago sin orilla y á impulso de fuerzas plutónicas, aparecerá un punto, que extendiéndose á medida que se retiren ó solidifiquen las aguas, formará una Francia futura, y otro punto que se dilatará y será una España venidera, y se unirán acaso para formar la nueva Europa. ¿Y después....? Laplace lo

dirá, cuando los siglos lo permitan vendrá el misterio de la vida: empezará en el mar el rudimento primo, eozoon, monera, célula, que el proceso evolutivo irá convertiendo en acotiledones, algas, criptógamas, helechos, leucodendrones; más tarde zoófitos, moluscos, trilobitas, siglos de vida rudimentaria sin amor ni pasiones, á que sucederán organismos más perfeccionados; se repetirán las épocas siluriana y carbonífera con sus colosales árboles, se reproducirá la jurásica con sus monstruosos reptiles, imperará el mosasauro en los rios, el ictiosauro en los mares, el iguanodon en las selvas, dejando fósiles para estudio al homo venidero; purificaráse paulatinamente la atmósfera que los reptiles cruzarán convertidos en pterodáctiles y aves, cambiárase acaso de Ecuador..... más tarde dispuesto ya el globo para formas más perfectas, vendrán los antropomorfos, vendrá el antropopíteco, tipo mejorado de faunas precedentes, y al fin! preparado el globo para contener al hombre, el hombre brotará, y comenzará la antropoplacia ó humanidad venidera, como brotó para la presente y para las antropopalias ó humanidades que nos precedieron.

—¡Antropopalia! esa palabra es un neologismo.

—Que deriva del griego y que podrá carecer de oportunidad; pero la necesito aquí. Por humanidad se entiende bien la generación actual, bien el conjunto de las que han pasado desde el principio: por antropopalia y antropoplacia entiendo la série de generaciones que pasaron y se renovaron desde su Adam ó primer hombre hasta su anti-Adam ó último hombre. Si tengo fé en esa teoria es porque así parece revelarlo todo y ante todo la eternidad de los tiempos, que no tuvieron principio ni pueden tener fin; preguntar donde empezaron es como inquirir de donde vino la materia cósmica fundadora de los mundos; contad para su fin, billones, trillones, decillones de siglos, y preguntaréis ¿qué será después? Y para su principio echad todos los millones que queráis, y siempre diréis ¿qué hubo

antes? ¿La nada? No; la Cosmopalia ó mundo pasado y la antropopalia ó humanidad pasada. Pero esa humanidad venidera también se irá ¿cuando? ¡Quien sabe!

—¿Acaso tras los 117 millones de años que, según Maddler tarda el sol en recorrer su órbita?

—No, eso es un minuto en la duración de los tiempos ¿qué es un decillón de siglos para la eternidad? Lo que un decillón de miriámetros junto al infinito del espacio. Cien millones de años hace, según Tompson, que empezó la vida en nuestro planeta, mientras Birchows y Humbolt deducen que el enfriamiento de la Tierra para poder sostener la vida, ó para bajar de 2000 grados á 200, exigió 350 millones de años, y Volge valúa en 648 millones lo que necesitó la Tierra para formar los depósitos sucesivos que constituyen el conjunto de las capas estratificadas. ¿Qué dice Vd. de esos millones?

—Estoy pensando en cuantas antropopalias habrán precedido á la presente humanidad, y cuantas antropoplacias seguirán puesto que según Vd. no concluye la vida.

—No concluye sino recorre etapas, como concluye su revolución un planeta para empezarla de nuevo, no en las mismas condiciones ni recorriendo la misma órbita; porque la naturaleza no chochea ni se repite innecesariamente á sí misma. Marchamos todos á un perfeccionamiento, de un modo lento é insensible, pero cierto, la tierrra la yerba, los séres inanimados, el hombre, el sol, los mundos, con alteraciones ad hoc. La luna, por ejemplo, no pasa por los mismos puntos en cada lunación, porque la arrastra nuestro planeta, ni después de los diez y ocho años de su ciclo; porque éste es á su vez arrastrado por el sol; y he aquí que ésta bolita que habitamos, la Tierra, cuando ha recorrido su órbita en 365 días y cinco horas, vuelve á empezar mas por el movimiento llamado de aberración ha sido arrastrada hácia Hércules con velocidad de veinte leguas por segundo, quizá para en trayectoria espiral ó

epicicloide describir una inmesurable órbita al rededor del centro del universo, movimiento que también siguen los otros soles ó estrellas, por tanto no pasan, cada año por los mismos puntos, ni pasará tras los veinte millones que necesita el sol para su traslación. Esa variedad de traslación responde á la incesante necesidad de mejora que dictó el Creador, y he aquí porque pienso que, gracias á esa eterna lógica, la humanidad al reaparecer vendrá con algún grado más avanzado á la perfección, como que el globo que habite será mejor.

Porque semejante á la malva en su terreno, á la mosca en su cadáver, á el halcón en los aires, al lobo en las selvas, la Tierra también trabaja, también lucha por la vida, marchando por ley inexorable á su perfeccionamiento. Así como de la inmundicia de la cienaga, de la podredumbre de algas, mangles y helechos, el tiempo implacable evolucionista, forma suelo feraz que dará flores y árboles fructíferos, así del acervo general, de todo el fango cenagoso de las generaciones que vinieron y han de venir, de sus triunfos y desengaños, de su crápula y virtudes, sus plagas, sus tiranos, sus sodomas, sus inquisidores, afanes odios, guerras, cadalsos, hogueras, jueces y verdugos brotarán con los tiempos la luz en cielo más claro, la justicia en espíritus más rectos, la fe y el amor en conciencias más puras. Y eso ya se anuncia en este microplaneta que habitamos; porque si hay volcanes y pantanos y desiertos, hay también praderas, ríos y lagos, si hay árido Spitbergen, hay también floridas Arcadias, si la humanidad en su actual etapa produjo Caín, Judas, Nerón, Jengiskan, Atilas, que la deshonran, también produjo Abel, Jesús, Sócrates, Newton, Edison que la enaltecen y prueban la posibilidad de llegar al arcántropo que presintió Hæckel: ante esas consideraciones ¿qué es un hombre que muere? La muerte es un perpétuo progreso de todo lo que existe á un grado superior: nuevas tierras, nuevos seres, nuevas luces. Pero

como esa humanidad tendrá sus siglos de andar á oscuras, sin palabra ni escritura, hasta que llegue á sus Sócrates y Sénecas, nada impedirá que en la noche de su infancia se reproduzcan en ella muchos de los sucesos y errores de la nuestra. En su infancia pasará por su edad de piedra, por la del renjífero, hará al fin la conquista del fuego, más tarde conquistará un idioma y una escritura para empezar la edad de oro de su inteligencia.

—¿Luego la supone usted muda en su origen?

—No muda; pero sin idioma. Dios dió al hombre la palabra, no las palabras; es decir, le dotó de la facultad de hablar de un modo más ingenioso que á los otros animales; luego los idiomas se fueron formando convencionalmente y se perfeccionaron á medida que fué siendo necesario.

—¿Y esos señores antropoplacios,—pregunté en son de burla,—serán tan viciosos como nosotros?

—Si al desprenderse la nebulosidad gaseosa y formarse el núcleo rotatorio que luego endurecido ha de constituir la Tierra, viniese á quedar á igual distancia que ahora del sol, y disfruta por tanto igual calor, luz y movimiento, es claro que sus elementos serán análogos á los nuestros é idénticas sus propensiones y aspiraciones; porque los principios y agentes que nos rodean es lo que hace que seamos lo que somos: somos un resultado del calor, luz y sobre todo del movimiento. Entre ellos, pues, (permítame ir escribiendo estas frases á la vez que las digo), entre ellos, también el interés será muchos siglos detestable movil que ahogará las más nobles verdades, matará en su cuna las más bellas aspiraciones, y coartará obcecado el vuelo de los entendimientos, y tendrán, como nosotros nuestro prometeo, sus robadores del fuego celeste, perseguidos por adelantarse á su época, y vagarán y girarán sin saber en qué fluído vagan, hasta que les venga el torriceli ó el pascal que les pese el aire, y el copérnico ó el galileo que les revele que giran. Aparecerá entre ellos algún nemrod que imponga el primero obediencia á sus semejantes más débiles, y algún moisés que dicte las primeras leyes, y en naciente y por tanto metafórica literatura, describa el origen del mundo de un modo absurdo, pero admisible en época en que nada habrá mejor, y excusable por servir de base al primer código; y vendrá luego un anaxágoras que pretendiendo mejorar...

—Pero ¡qué veo! ¿escribe usted esos nombres con letra minúscula?

—Sí, porque ante las antropoplacias y antropopalias los nemrodes, moiseses y alejandros llegan á ser sustantivos tan comunes que tienen plural y se escriben con minúscula: no hay más nombre propio que Dios que siempre será uno. Quizás no sólo los moiseses, sino todos nos reproduzcamos en cada antropoplacia, combinándose en iguales proporciones los simples que ya antes formaron aquí un virgilio, más allá un confucio, acullá un hipócrates.

—¡Un Hipócrates! ¡pues qué también se enfermarán!

—No será extraño; como se hallen á igual distancia del Sol, los formen elementos análogos, los combatan las mismas inclinaciones con una casi igual debilidad de carácter para contener en sus límites la medida del deleite; vendrán á su vez los nuevos hipócrates y galenos que no para corregir la naturaleza, que esto sería absurdo, sino para suplir lo que eventualmente falte á la harmonía del organismo, sentarán aquí un principio higiénico, prohibirán más allá una fruta por nociva...

—¡Hola! ¿con que tendrán frutas?

—Probablemente, siendo iguales luz, calor, humedad y demás agentes ¿han de faltar los ácidos y sales elementos de nuestros árboles? Cuando Dios creó los mundos ó la materia cósmica de que habían de formarse, les dijo: «girad y germinad;» lo demás fué todo obra de las leyes mecánicas que dejaba sentadas, leyes raras veces modificadas por circunstancias que pudieran decirse accesorias ó contingentes; las propiedades y fuerzas que animan la ma-

teria son eternas y constantes como la misma materia, y siendo la humanidad y demás *cosas* iguales, saborearán el suavísimo jugo del anón y de la piña, porque presuponemos que tendrán paladar confeccionado ad hoc, y así mismo hallarán placer en el baile y tal vez tendrán propension á deleitarse con el abrasante ron. Porque ellos como nosotros estarán adaptados á los principios que les rodeen y constituyan. Suprímase de un soplo la población de Francia y al reaparecer sería siempre francesa. ¿No pinta Tácito á los galos, hace 15 siglos, con el carácter de los franceses de hoy? ¿No eran los habitantes de la Bética los andaluces del día?

—Y á propósito de frutas, ¿habrá fruta prohibida?

—Sí; si se tiene la debilidad de colocar á un ser débil en jardín amenísimo, se le prohibe tocar una fruta y al propio tiempo en su corazón se ha desarrollado el amor á lo vedado, ciertamente que se repetirá en todas las humanidades por venir el pecado original; es decir, habrá un sér inocentemente culpable, pero en todo esto la inconsecuencia mayor será atribuir eso á un sér omnisciente, y lo que es más, omnipresciente; y es que en su principio las literaturas serán metafóricas, como lo fué entre nosotros la de Moisés, llena de alegorías ingénuas, aunque á menudo exageradas. Siendo tan efímera y misérrima la vida necesitarán de una creencia que les prometa otra mejor y eterna, é inventarán un dios pobre y raquítico, y derramarán sangre en honor de ese sér hipotético, de ese dios pretexto.

—Sin duda usted habla del dios tonante del Olimpo y no del que truena en el Sinaí.

—De uno y de otro, y de todos, como hijos que fueron de una necesidad mejor ó peor interpretada.

En todas esas humanidades venideras, como ha sucedido en las precedentes, será imprescindible la creencia en un Sér Supremo, omnipotente, envuelto en misterios, base de la moral y de las instituciones; en un principio el fanatismo y la superstición lo rodearán de absurdos; lo desfigurarán los hombres á su albedrío, lo dotarán con sus propias pasiones, lo finjirán rencoroso, vengativo, interesado, débil con el fuerte, soberbio con el humilde, y bien lo llamen Osiris aquí, en otro punto Alá, más allá Brama, Johová, Semí, Jove, Oromazo, más tarde naturaleza, providencia, casualidad, fuerza creadora, siempre será un dios incomprensible, sobre todo cuando la debilidad humana le dé forma material. Así engendradas por una necesidad á que llamarán revelación, comenzarán en alguna Asia futura las primeras teogonias cuajadas de grandezas y de absurdos, y bien sea por Zoroastro, Fo, Moisés, Mahoma, Brama ó Buda, adoptarán una creencia que mejorará con los siglos y á esa mejora llamarán la verdadera, y cuando en aquella parte relativamente más ilustrada, cuando, por ejemplo, en aquella Asia venidera, se levante un Mahoma y propague con el sable una religión, también dirán la verdadera, y á pesar de sus errores tendrá prosélitos, y aún los que no la crean la adoptarán porque siempre será mejor que lo que haya.

—¡Extraño origen!—exclamé,—el que dá usted á sus religiones.

—¿Duda usted que todas se debieron á la debilidad, al miedo, á la necesidad de crear algo superior á la triste realidad, un mundo quimérico que nos desquitara del mundo real? Antes que Lama, que Isis, que el buey Apis, que un cordero, un fetiche, verán el Sol fecundador, y el sol y el fuego serán el primer dios, de donde el deus ó divus de la raíz, sanscrita *div*, brillar; hé aquí el sabeísmo; y como el hombre débil y obligado á luchar por la vida, vió en todas las grandes fuerzas deidades protectoras que convenía alhagar ó genios malévolos que exigían cruentos sacrificios, como por cada beneficio ó por cada asombro deificaban una causa protectora, el ibis, el boa, espectros, demonios, genios del mal, Oromazo, Arimanes, Molock, Adonay, Baal, Sabaoth, de aquí el politeísmo: que en muchos

casos fué más bien polidiablismo. Comprenderán más tarde que dos omnipotencias son imposibles, porque mutuamente se neutralizáran, y hé aquí el monoteísmo. Cuando haya un Sócrates que lo adivine, un Moisés que lo promulgue, y un Jesús que lo sancione con su sangre, habrá también un Nerón ó un Tiberio que lo persigan, y los antropoplacios, solicitados por el interés material, siempre fluctuando entre Dios y Mamón, entre Júpiter y Plutos, tendrán también su San Estéban mártir y su Cristo crucificado, y su martirologio, y su serie de cruentas guerras, para sostener los unos este principio, los otros aquella utopia, cada cual queriendo imponer la idea que responde á sus intereses, de donde las discordias, odios, y las miserias, y los millares de cultos que serán en suma disfraces de la ambición y ultrajes á la Providencia; y tal vez, como sucedió entre antropopalios y como ha pasado entre nosotros, no llamarán á eso guerras de interés, sino guerras de religión. Y seguirán los siglos corriendo y las gentes desbarrando, fetiquismo aquí, metempsícosis allá, allí budismo, acullá judaísmo, bramanismo, druidismo, amalgama caprichosa y antilógica de absurdos y aciertos, de luz y tiniebla, verdades vistas á través de opacas nubes, útiles para ignorantes, un dios que creó la uva y el cerdo y prohibe á sus secuaces beber y comer puerco, otro que no puede penetrar en la conciencia de sus criaturas y pide á un padre el sacrificio de su unigénito, y crea un diablo que se le opone y á veces se le sobrepone, el cruento Brama montado sobre un ganso, Mahoma sobre su yegua Borah, el circunciso Cristo sobre un asno, Júpiter sobre...

—Pero dígame usted, ese Brama en su ganso, y ese Mahoma en su Borah, ó en su mulo Daidal, ¿cabalgarán por mucho tiempo?

—No; eso durará mientras responda á ciertas exigencias de las épocas y lugares en que nacieron; y luego carcomidos esqueletos, á un soplo más del tiempo rodarán de sus vacilantes pedestales deshechos por la carcajada demoledora

de un Voltaire venidero, ó por la razón y el progreso. Entonces de todas esas creencias y errores que promovieron, de todas esas luchas y dolores que engendraron, se alzará en las humanidades venideras una... religión, si religión puede llamarse, á lo que será negación de ella, árida... desconsoladora, atrofiante.

—¿Qué se llamará?

—El Indiferentismo.

—¡Donosa religión! ¿Y ese vendrá á ser el término del final?...

—No, por cierto; de ese indiferentismo, aborto monstruoso, pero necesaria consecuencia de los errores de las otras, de esa religión nulidad que se infiltrará en los ánimos, como se desliza la serpiente, nacerá lo que nació en las antropopalias, un dios verdad, hijo de la revelación natural, no impuesto por el sable de un Mahoma ó las hogueras de un Santo Domingo, ni por superior decreto, un dios diferente de los de Buda, Moisés, Homero, Confucio, Zoroastro, un dios llámese ser, razón, causa, conciencia, ó como se quiera, que lo ideará cada sér racional, y lo revestirá con los más bellos atributos que su imaginación le dicte, un dios que será Dios! no mezquino ni interesado como los que fingió la superstición, que no necesitará santos ni misterios disparatados para alucinar á incautos, que no habrá menester templos ni sacerdotes, porque tendrá un templo en cada pecho y será cada uno sacerdote de sí mismo. A su aparición se desplomarán los altares de las idolatrías de hoy, cesará de correr la sangre, en su nombre, porque él será todo paz y harmonía, no admitirá votos descabellados, ni ofrendas estúpidas, ni que lo figuren con leños de caoba ó de alcornoque, como los idólatras de Asia, ni se deleitará con viejos que, de hinojos, se den golpes de pecho como los cristianos, ó de cabeza como los budistas, ni con viejas descalzas y vestidas de promesa, como los peregrinos de la Meca ó los fanáticos de Roma!

—Pero ¿y los templos de esas Asias primitivas con sus